

# El recuerdo viaja por Italia

Escribe: NESTOR MADRID MALO

## I. INTRODUCCION AL TEMA

Espero que mis lectores puedan acompañarme en este viaje del recuerdo por Italia, en esta travesía retrospectiva por el cuerpo duradero, por el dorso sustantivo —vertebrado dulcemente, ásperamente, por el vasto cinturón apenínico— de un país donde la vida tiene una manera tan suya de ser grata, de transcurrir en todo momento significativamente. Y donde cada instante, cada sitio, está signado de plenitudes inefables, de expresivos modos de mostrársenos e insinuársenos, hasta hacerse todos ellos, por siempre, memorables e insistentes habitantes de nuestros mejores sueños y vigiliat.

En una cordial confabulación de prosa y poesía, emprenderán así conmigo un ideal peregrinaje por ya inolvidables lugares, haciéndoles partícipes de imborrables experiencias, de aún subsistentes sentimientos, plasmados en el acto espiritual del poema como la más propicia y apropiada forma, como el medio expresivo predilecto y privilegiado entre todos los que podían estar a mi personal alcance y disposición.

La poesía tiene, en efecto, un particular y sugestivo modo de hacer posible la actualización de nuestras experiencias —vividas o soñadas— de las realidades y los sueños que son la vida del poeta, en ese proceso arduo y dichoso del rescate sonoro de las vivencias más preciosas, o aun de aquellas que aparentemente pasaron inadvertidas para nuestra lucidez y que el subconciante registró sin embargo, ciegamente, para futura memoria de los sueños, que al socaire del poetizar podemos recobrar y plasmar eficazmente. Presta así la poesía un válido auxilio evocativo, una asistencia mágica y magistral para el mejor logro de la remembranza, de la recuperación de esos raudos instantes del alma, de esas íntimas fracciones del vivir que son las vivencias, tan unidas a lugares, cosas y personas, a instantes que permanecen ya para siempre vinculados a nuestra más valedera existencia. Al conjuro del poético trance surgen, en efecto, de la memoria todos esos fragmentos de nuestra experiencia pasada, con una lucidez, con una limpidez que supera con mucho las que podrían ser el fruto de la directa observación del sujeto. Parece ser como si ante la presencia del objeto se produjera, ciertamente, como a manera de una inhibición, de un inevitable impe-

dimento poético. Tal vez porque a la poesía le repugna la inmediatez, lo flagrantemente objetivo, la mera y dura facticidad. Y requiere así de una alquitaración, de una purificación noética, de un paso de la obvia cosa por los finos tamices del espíritu o por los difíciles y lentos filtros del subconsciente, hasta convertirse así en parte de nosotros mismos, hasta hacerse —como dijera Rilke— “sangre, mirada, gesto”, consustancialidad misma con lo más íntimo y secreto de nuestra persona. Las experiencias del poeta, pues, son así rica materia prima de su poesía, porque el poeta tiene el primario y privilegiado don de convertirlos en sueños, en vivencias poéticas, que son los informes, los vagos, los temblorosos átomos que el verso va reconstruyendo, organizando superponiendo, hasta lograr la arquitectura magna del poema. Por eso Antonio Machado —en un verso de poética clarividencia— pudo decir maestramente:

*“De toda la memoria solo vale,  
el don preclaro de evocar los sueños”.*

Y si la materia de ese poético trasmutar de experiencias es nada menos que la muy válida y prestigiosa que está unida a los recuerdos de quien lleva a Italia en la propia mitad de su corazón, ya podrá imaginarse cuán dignamente, cuán gozosamente esos retornos, esa impar actualización de sueños, se habrán hecho presentes en la síntesis espiritual del poema. De ese modo, la jerarquía y elevación del tema —interviniendo e influyendo tan favorablemente— ha colaborado, sin duda, a hacer de estas poéticas interpretaciones italianas algo aun más grato y fervoroso, compensando así con generosidad las fallas que puedan derivarse de las naturales limitaciones de su autor.

Esos sueños, pues, mis sueños italianos, son los que ahora aspiro a evocar, tratando de lograr algo que se podría designar muy bien con el muy dicente título que un poeta colombiano —Eduardo Cote Lamus— puso a un libro suyo: *Salvación del recuerdo*. Porque todo lo que hay en estos poemas —entreverados con la indispensable prosa alusiva a su ambiente y circunstancias de lugar— es precisamente eso: un conjunto de “recuerdos salvados”, rescatados del naufragio inevitable a que habrían estado condenados, si en un milagroso instante no hubieran sido —al decir de Juan Lozano y Lozano— “convocados a la cita apenumbra de la poesía”.

## II. ROMA CANTADA.

Es probable que no haya ciudad en el mundo tan cantada como Roma. La lista de los poetas que la han hecho objeto de su homenaje lírico es infinita. Y varias decenas de volúmenes serían precisos para dar cabida a los versos a ella dedicados en todas las lenguas del mundo. Por tanto, a quienes Roma —y las cosas y sitios romanos— han conmovido en las raíces del alma —hasta convertir todo ello en sueños y en memoria de los sueños— no deja de preocuparnos la circunstancia de contribuir de ese modo a que la inmensa lista aumente aún más. Como tampoco ha dejado de inhibirnos un tanto la grandeza del tema

sin igual así escogido. Mas, por lo que a mí hace, no tengo inconveniente alguno en declarar que la tentación fue mayor que el temor. Y que no pude menos —al contemplar, por ejemplo, las glorias vesperales de un crepúsculo romano, la languidez otoñal de sus árboles, o al oír palpitante su pétreo y rudo corazón en Santa Trinitá dei Monti— no pude menos, repito, que asociar todo eso a mis vivencias radicales y darle un día evasión poética ineludible e impostergable. Porque, en verdad, ¿cómo ver y sentir poéticamente las cosas y los seres y no plasmarlos en el rito inefable del poema? ¿Cómo haber estado en Roma, haberla visto y sentido con ansiosa ternura, con insistente afán de penetrar sus secretos, de desvelar sus misterios —esos que están allí no más a nuestra vista y que solo esperan la amorosa disposición de saber mirarlos para revelárenos plenamente— y no dejar fiel y afectuosa constancia de ello en términos de poesía? Confieso que todo lo que —por haberlo sufrido o amado mucho— no solamente me ha pasado por fuera, sino también por dentro —traspasantemente, que es un modo trascendental del pasar— ha tenido y tiene para mí implicaciones y repercusiones poéticas. Roma, Italia toda, han sido una de estas experiencias cardinales, uno de estos padecimientos jubilosos. Y, por ello, no he podido menos que convertirlas en tema primordial de mi poesía, al igual que el amor, la muerte, las cosas de la patria y de mi estirpe, o mis afectos capitales.

#### a) ROMA EN EL CREPUSCULO

¿Quién que haya así sentido y vivido a Roma, ha dejado de conmoverse al contemplar desde el Janículo o el Pincio ese momento sublime del crepúsculo en que, como dijera Valencia: “las cosas brillan más”? ¿Quién no ha comenzado ya —extranjero entre sus muros— a recordarla con pena, aun mucho antes de dejarla, cuando la ha visto allá dorarse mágicamente, con ese indecible e indefinible rubio que a esa hora encantada adquiere Roma entera, ya de por sí trigueña por obra y gracia de su peculiar color y del noble travertino que recubre buena parte de su faz urbana y monumental? Pues bien, esa emoción es la que he intentado plasmar en estas estrofas dedicadas a un *Crepúsculo romano*, visto ya nostálgicamente, a esa hora del *tramonto*, desde esa amorosa tribuna que es el Janículo:

*Para mirar a Roma en el crepúsculo  
dorarse en su recodo milenario,  
ningún balcón mejor que esta colina  
clavada tiernamente a su costado.*

*La luz de mayo, sosegada y pura,  
atravesando el cincelado monte,  
se precipita a chorros por su falda  
y a Roma envuelve en su fulgente bronce.*

*Todo queda signado de ese rubio  
indecible y precario, que en el aire  
se derrama un instante dulcemente,  
traspasando de júbilos la tarde.*

*La primavera sus dorados toques  
pone en la frente de la urbe güelfa,  
que en su lecho de mármol se reclina,  
a soñar sus pretéritas leyendas.*

*El Tíber se disuelve en su cintura  
bajo el peso del cielo enardecido,  
y las torres su vuelo de metales  
emprenden en el aire vespertino.*

*En sus siete pilares asentado,  
el rudo anfiteatro se despliega  
en mágico abanico clamoroso,  
que en su feria de luz se desespera.*

*Del Pincio al Laterano la barroca  
efigie secular su pontificio  
esquema traza en sucesión de cúpulas  
que al sol flamean su rigor latino.*

*Roma brilla en su plástico relieve  
de palacios y templos incesantes,  
y su perfil estricto se consume  
entre el turbión de llamas vespérales.*

*Mas el milagro pronto se deshace  
y la ciudad se queda desolada,  
con su malva adustez adormecida  
y su tranquilo aire de nostalgia.*

*Desde esta balconada del Janículo,  
es entonces la hora de soñarla,  
mientras llega el momento presentido  
de comenzar con pena a recordarla.*

#### b) ARBOLES BAJO EL OTOÑO

Cuando el otoño va tomando lenta y segura posesión de Roma, se asiste a un taciturno pero sublime espectáculo, que si es hermoso en muchas partes, allí adquiere proporciones épicas. Porque en Roma el otoño transcurre parsimoniosamente, casi en cámara lenta, y uno puede asistir una a una a todas las faces de este drama vegetal que es soportable solo porque se sabe que no pasará mucho tiempo sin que la primavera vuelva por los fueros de estas hieráticas criaturas invencibles. Los árboles, todo lo verde, se va gastando, agotando poco a poco, en una proseguida y firme batalla que se libra allá en las cimas, duramente y sin cuartel, hasta "verse más cielo que nunca sobre Roma". La lírica visión de esos combates otoñales está sintetizada en este poema, *Los árboles de Roma*, que es también un acto de amor a Roma en su árboles:

*Ya sobre los árboles, en taciturno asedio  
inicia octubre, lento, sus toques decisivos,  
y a naufragar empiezan los verdes esenciales  
en anchas palideces y leves amarillos.*

*La lumbre de los viales: los tilos fulgurantes;  
el alma de los parques: los sauces soñolientos;  
la gloria de las villas: los pinos rigurosos;  
la fiesta de las calles: los álamos perfectos.*

*¡Los árboles de Roma! Constelación preclara  
de sombras erigidas y lánguidos perfiles,  
del verano agobiados su enésima batalla  
contra el otoño pierden, dorándose impasibles.*

*Yo los miro agotarse con lentitud cimera,  
cediéndole a la brisa su foliación transida,  
y a la romana frente su magistral tributo  
le rinden cada instante con esbeltez antigua.*

*Cómo pronto se gasta su cenital follaje,  
hasta verse más cielo que nunca sobre Roma.  
Entonces los contemplo —¡oh gigantes latinos!—  
recortarse en el aire, despojados de sombra.*

*Es la hora de amarlos, en el Pincio silentes;  
en la Villa Borghese dibujando sus vuelos;  
en el tierno Janículo, sorprendiendo crepúsculos,  
y en la Apia alineados cual ansiosos espectros.*

*En el romano otoño, más árboles que nunca  
son aquí los árboles: estaturas insomnes  
por nada dobladas, testigos inmortales  
de un mundo en que las ruinas renacen como flores.*

c) EN BUSQUEDA DEL CORAZON DE ROMA

¿Dónde queda, en qué sitio áspero, o dulce lugar, puede situarse —y oírse— el corazón de Roma? ¿Será acaso en la fragmentada y fracturada memoria de los foros? ¿O en el óvalo encantado y encantador de Piazza Navona? ¿O en la erigida fe del Vaticano? Allí o en cualquier otro sitio podrá residir para otros la cordial esencia de Roma. Mas para mí el único y válido corazón de la Urbe está en Trinitá dei Monti, en ese embrujador conjunto que forman Piazza di Spagna con su susurrante “Barcaccia” berniniana, y la interminable y barroca escalinata, con la casa de Keats a un lado. Y allá arriba, presidiéndolo todo, las torres gemelas de la iglesia de Santa Trinitá dei Monti. Aquí y solo aquí he oído yo, en verdad, palpitar la víscera mayor de Roma, cuando, en las solitarias horas del estío o del invierno, o en las perfumadas de la primavera —cuando las azaleas la invaden de colores y de poesía—

o, en fin, en las ya exhaustas del impávido otoño, transcurría yo por allí con mi tristeza y ternuras bien auestas, “penando entre piedra y azalea”. En honor a esa convicción, nada de raro tiene que haya dejado constancia de ello en este soneto, *El corazón de Roma*:

*Para llegar al corazón de Roma  
me basta a mí una escala, la que asciende  
a Trinitá dei Monti, donde emprende  
la mansa luz su tránsito en aroma.*

*Algo hay aquí de mágico que asoma  
su certidumbre antigua y que le enciende  
el alma de ternura a quien comprende  
que allí comienza su pasión de Roma.*

*Yo me he visto subir por esas gradas,  
escuchando al andar, no mis pisadas,  
sino de Roma el corazón cercano.*

*Qué de extraño, en verdad, que así me vea,  
si penando entre piedra y azalea  
mi propio corazón tengo en la mano.*

#### d) EL ALBA JUNTO A ROMA

Para tener una visión completa de Roma, no solo es preciso auscultar el cálido sonido de su corazón ciudadano, sumergirse en el río de sus revelaciones cotidianas, sino que es necesario también asomarse a su natural dintorno y sorprender todo el poético encanto que la rodea, más allá de sus colinas fundadoras y del colosal anfiteatro desde el cual la magna urbe ha asistido desde siglos a su propio espectáculo legendario. Pero de todos los alrededores romanos, ninguno comparable a esa breve llanura que se abre en abanico hacia el sur y que es conocida con un nombre repleto de ensoñadoras evocaciones: la campiña romana. Atravesada por las pétreas huellas de la Via Apia Antica —con sus derruidas tumbas y sus piedras consulares— la histórica planicie posee un mórbido aire de melancolía, un taciturno aspecto de necrópolis del tiempo, que las ruinas de los acueductos subrayan indolentemente. Aquí, en las murientes horas cercanas al crepúsculo, se experimentan extrañas y contrapuestas sensaciones: por una parte, el fabuloso espectáculo de una naturaleza saturada de poesía, que nos conmueve con la evidencia de su vegetal belleza; y por la otra, la impresión de nostalgia, de tristeza irremediable que al mismo tiempo nos sobrecoge, porque todo allí es elegíaco y nos habla de infinitas frustraciones, de acabamientos irrevocables. En este presentárenos con tal tinte de finitud, de vida inexorablemente pasada, solo es comparable la llanura fastasma a las tumbas etruscas o a las muertas ciudades de Pompeya y Ostia Antica. Sin embargo, hay un momento en que la adusta campiña se despoja de sus desconsoladoras vestiduras y se muestra llena de jubilosa vida. Ese momento es el amanecer. Y es precisamente ese instante el que he querido perennizar en este *Amanecer en la campiña romana*:

*Diluido ya el implacable esquema  
de sombra y ansiedad, avanza el día  
por el latino dombo lentamente,  
signando cada ser y cada cosa  
con su inefable halo de poesía.*

*En estado de gracia matutino,  
la campiña de Roma se desvela  
con su antiguo dintorno jalonado  
por acueductos de sedientos brazos  
que muestran su osamenta carcomida  
de historia y tempestad entrelazadas.*

*Desgajado de pinos y cipreces,  
hay un solo vibrar de las cigarras  
que entonan sus corales jubilosos  
a la gloria estival de la mañana.*

*A lo lejos sus dorsos fulgurantes  
despliegan cautamente las albanas  
colinas, con sus torres fundadoras,  
donde el vino romano su blancura  
enciende en los viñedos de Frascati.*

*Tendida como un puente de recuerdos  
sobre la áurea planicie amanecida,  
la reina de las vías consulares  
traza su pétrea planta sosegada  
entre sepulcros y arcos doblegados,  
truncas memorias de épocas vencidas  
por la gota sin fin del tiempo arduo.*

*La mañana su canto de banderas . .  
inaugura en el aire, y todo queda  
herido por su afán dulcificado.  
El ensueño de pronto se interrumpe:  
Roma, su ala encendida, allá estremece.*

### III. MOMENTOS ITALIANOS

Pero es necesario dejar a esta Roma así evocada, para emprender algunas breves y fervientes incursiones por otros lugares italianos. Y a fin de hacer menos doloroso el alejamiento de la ciudad augusta, me detendré por dos instantes en sus cercanías, antes de proseguir este viaje lírico por el extendido cuerpo itálico, que desde sus raíces alpinas se fuga hacia el sudeste en ciclópeo y permanente gesto de darle un geográfico y portentoso puntapié al glauco Mediterráneo. Nos daremos cita, pues, en Tívoli, para sorprender los júbilos del agua, y en Ostia Antica, para contemplar su vasta y derruida faz.

#### a) LOS JUBILOS DEL AGUA

He aquí los "Colle albani", las colinas albanas, las rumorosas faldas donde Tívoli enciende sus viñedos y transfigura el Aniene sus aguas canoras y fulgurantes, llevadas a través de milagrosos conductos hacia el mágico conjunto de sus fuentes jubilosas. Villa d'Este es quizá el más hermoso prodigio acuático de Europa. Ya a fines del siglo XVIII, Goethe —en una de sus cartas italianas— se sorprendía de la maravilla de estos incomparables juegos de agua, vistos entonces, naturalmente, sin el precioso complemento que hoy les presta la fantasmagórica iluminación, que en las noches de estío convierten el líquido elemento en una trasmutada esencia luminosa. A ese portento nocturno he consagrado esta *Transfiguración del agua*:

*De mano de la luz, hacia la altura  
el agua emprende su estival hazaña,  
y llega, hecha ilusión, hasta la entraña  
del sueño en que su ser se transfigura.*

*Estallando en encajes de frescura,  
su increíble ciprés alza en extraña  
constelación de abierta telaraña,  
dibujada en la noche con premura.*

*A su precario reino el agua sube,  
al cielo abriendo su incesante nube  
de palomas que mueren en la cumbre.*

*Y a su ansiosa final de niebla corre,  
porque en las claras cimas que recorre  
su estatua deja modelada en lumbre.*

#### b) RUINAS BAJO EL ESTIO

Del todo diferente es la impresión que produce la muerta presencia urbana de Ostia Antica, contemplada bajo el implacable sol del verano latino, cuando todo queda aliviado inmisericordemente por el traspasante asedio de la luz. La antigua ciudad imperial —el suntuoso puerto que fuera desde los tiempos del emperador Claudio, donde se embarcara San Agustín hacia su santo destino africano y muriera su madre Santa Mónica— se nos presenta en su ardida realidad estival, surgiendo de su sepultura de siglos como un gigantesco camposanto en ruinas. Y a ojos de quien medite sobre el doloroso sino de esta ciudad muerta, parecerá increíble cosa que todo este conjunto doblegado haya sido exclusivo producto del tiempo y del abandono, acumulando aquí cómplicemente su ineluctable polvo de olvido y destrucción. Ninguna pavorosa erupción —como a Pompeya y Herculano— ningún tremendo terremoto, como a la Corinto griega. Solo la torva secuencia del tiempo, con la eficaz colaboración de los hombres, la guerra y la enfermedad —estos eternos agentes históricos de toda ruina— produjeron este saldo de soledad

y caos, que hoy nos sobrecoge y conturba con su presencia derruída y triste. Memoria de un *Verano en Ostia Antica* son precisamente estos versos así denominados:

*De lejos, la urbe a medias resurrecta  
es como un vasto cementerio en llamas.  
El dorado cortejo de ruinas esenciales  
se ilumina sin fin bajo este cielo  
de batalla campal contra las sombras,  
pues ya agosto en el ámbito latino  
su afán canicular impone ardido.*

*Me sumerjo en sus vías cardinales,  
donde tronchados muros y columnas  
jalonan el transido itinerario,  
por entre un mundo apenas rescatado  
de su náufrago sueño de milenios.*

*Cuánta apagada vida, cuánto nervio  
quebrado de raíz, cuántos ardores  
por siempre diluidos sin remedio,  
coloran con su sombra estas mansiones,  
estos huecos lugares, estas alcobas  
exhaustas y estos patios, sometidos  
al despiadado ritmo de la nada.*

*Marcho por estas calles agobiadas,  
por entre casas huérfanas y estancias  
ya mudas, sin la lumbre de los cuerpos  
agitando su amor o sus dolores;  
voy recorriendo a solas estas plazas,  
estos foros de ayer, donde las voces  
—hoy apenas esquemas apagados—  
su vibrante sustancia proclamaron.*

*Y en el desierto teatro, cuántos gestos,  
cuántas voces también, cuántos sonidos  
su lumbre edificaron por el aire  
en un raudo momento sin memoria.*

*Mi lento recorrer así prosigo,  
por un mundo que erige sus vestigios,  
como el ciprés su sombra contra el cielo  
del verano latino, puro y solo.*

#### c) NECROPOLIS ETRUSCA

Y aún debo proseguir por entre un apagado mundo de ruinas, ahora circunscrito al subterráneo dominio de la muerte etrusca. Allí donde entre preciosas y coloridas figuraciones de la vida, transcurría el sueño milenario de los misteriosos y cultos pobladores de esas colinas

toscanas, que hoy en su seno apenas guardan el supérstite museo de sus tumbas. Nada iguala en esplendor —dentro del panorama pictórico de la antigüedad— a estas pinturas de la Necrópolis de Tarquinia, que recorrí una vez con asombro, en un continuo ir de la iluminada sombra interior hasta la opaca claridad del día neblinoso en aquella inicial primavera de abril. Tal como lo hiciera D. H. Lawrance en sus inolvidables *Paseos etruscos* —una de las mejores descripciones de estas pinturas— se va de una a otra tumba en un prolongado sobresalto del espíritu, pasmado casi de tanto prodigio sepulto, pues ante esos deslumbrantes muros se asiste a la más gloriosa apoteosis de la vida. Formas, colores, armonía, movimiento —en un concierto de infalible maestría— despliegan allí todo un ardiente desfile de aconteceres existenciales, apenas imaginables en aquellos lugares de muerte y soledad. Pero tal era lo que la escatología etrusca determinaba y exigía, pues para este pueblo sonriente y gozoso la muerte era una continuidad de la vida, y el difunto debía reposar así, rodeado de todo lo que había sido el dintorno de su existencia terrena. A este mundo subterráneo, a este reino de la muerte presidido por la vida, está consagrado el soneto titulado *Tumba etrusca*:

*Se llega —como en sueño rescatado—  
a los tibios dominios de una casa  
lista para el amor, donde no pasa  
el tiempo para siempre derrotado.*

*Por eso solo el tiempo sepultado  
parece estar aquí, donde sin tasa  
residía la muerte que traspasa  
el etrusco fervor divinizado.*

*Mas, cuánta vida ardiendo estos muros:  
flautistas, libaciones, los más puros  
ritos de la existencia aquí reunidos.*

*Caballeros, atletas, danzarinas,  
y un joven pescador que a las marinas  
ondas arranca peces ateridos.*

#### d) TRES SONETOS FLORENTINOS

Pero es preciso dejar este desasosegado reino de la muerte, para emprender una férvida peregrinación hacia el norte florentino, sede dulcísima de la luz y la poesía. Allí, cual inmensa vara de azucena, se levanta, rosada y devota, ese minarete celestial que es el Campanile del Giotto, erigido al pie de Santa María del Fiore como un pétreo grito de fe ciudadana. Homenaje a Florencia en su impar y esbelta torre es este soneto *Al Campanile del Giotto*:

*Celestial mirador, nube terrena,  
erguido sueño que el fervor del Giotto  
lanzó desnudo hacia el azul ignoto  
infundiendo en el mármol gracia plena.*

*Espiral de silencio que resuena  
extasiada en su fiel temblor devoto,  
y al cielo de Florencia su remoto  
cáliz levanta en irrupción serena.*

*Sostenido milagro de dulzura,  
y ejemplo cenital de poesía  
a la piedra aplicada con ternura*

*Te yergues en tu puro mediodía,  
convirtiendo a tu tránsito la altura  
en un vuelo de eterna melodía.*

Y ya que se está en Florencia, es preciso llegar hasta aquella sala de la Academia donde se yergue inmenso ese blanco gigante que Miguel Angel esculpiera en memoria eterna de su arte y del lírico profeta de Judá. Qué regocijos espirituales, qué profundas elaciones de la mente no nos asaltan ante este "hondero entusiasta" —para emplear el nerudiano título— que asoma su apostura en lo enhiesto de su vigilante mirada, de su irrevocable decisión guerrera, de su tranquilo gesto de zagal altanero y desafiante. A este marmóreo poema de exaltación vital y religiosa, a su duradero mensaje de belleza y eticidad, al tiempo, está dedicado este segundo soneto florentino:

*Todo en su ser preludia la contienda:  
desde la ansiosa mano hasta la ardiente  
decisión que le alumbró la ardua frente,  
pues nada hay que el héroe no defienda.*

*Y poco falta así para que extienda  
su brazo de zagal omnipotente;  
su mirada tranquila lo presiente  
cuando a cumplir se apresta la alta ofrenda.*

*Ya está dispuesto a la final renuncia;  
el escultor con majestad lo anuncia,  
tallándolo desnudo y poderoso.*

*Inerme pasajero de la vida,  
taciturno profeta que convida  
a afrontar a la muerte sin reposo.*

Tampoco habría de faltar aquí una poética visión del Arno, descendiendo entre colinas desde su cuna apenínica —a través del amoroso nudo de los puertos florentinos— hacia su no lejano término marino, donde —ya cerca de la certeza tirrénica— erige Pisa su blanca saeta inclinada, en un grácil desafío a toda humana y terrestre pesadez. Tal es la materia poética de este tercer soneto florentino, que ya, en verdad, es puramente toscano:

*Entre arcadas y almenas gibelinas  
corre el Arno diciendo su mensaje,  
a Florencia rindiéndole homenaje  
con paso tierno, en ansias cristalinas.*

*Y cuando ya de las torres florentinas  
va alejando su faz, en un viraje  
quisiera detener su dócil viaje  
para rodear de nuevo sus colinas.*

*Mas por la dulce tierra de Toscana,  
entre viñas y pinos, sin reposo  
su brazo alcanza a la ciudad hermana.*

*Pisa lo aguarda en su dosel glorioso,  
mientras la torre oblicua en la mañana  
echa a volar su cuerpo luminoso.*

e) SONETO FINAL

No quisiera terminar esta poética crónica sin hacer lírica alusión a una figura poco conocida de las guerras renacentales de Italia, cuyo nombre ha pasado a la historia, no por sus hechos heroicos o por su muerte gloriosa —que no lo fue en manera alguna, ya que murió asesinado en una banal reyerta por una simple camisa— sino por el mármol maravilloso que para su monumento funerario esculpiera Tulio Lombardo y que hoy es tesoro magnífico del Museo Communale de Ravenna. Me refiero a aquella estatua yacente de Guidarello Guidarelli —condottiero de César Borgia en sus guerras emilianas— que representa al guerrero en infinito reposo mortal dentro de su itálica armadura. Solo el rostro es visible bajo el casco protector. Pero es tal la belleza de las muertas facciones, hay tanta vida y tanto renunciamiento conjugados en el gesto abandonado que signa la varonil efigie, que las muchachas van en peregrinación amorosa a besarlo tiernamente, como si fuera el Príncipe Azul de sus sueños. De esta vigorosa figura, que ejemplifica según un escritor italiano esa indefinible “vita della morte”, ha dicho D’Annunzio en uno de sus *Laudi*:

*“...dorme supino con le man conserte  
su la spada sua grande. Al volto inerte  
ferro, morte, dolor, furon suggello”.*

A este tema subyugante —y comprometedor, por tan válido antecedente poético— está consagrado este último soneto: *Guidarello Guidarelli*:

*Si no fuera de muerte su figura,  
ni tan inmóvil siempre se estuviera,  
a Guidarello nadie lo creyera  
presidiendo su propia sepultura.*

*Surgiendo de su itálica armadura,  
el rostro del guerrero, a quien lo viera,  
solo en sueños sumido pareciera,  
si no fuera de muerte su estatura.*

*Hay un algo de vida en la doliente  
actitud de final renunciamiento  
que sus labios rubrican firmemente.*

*Y un aire de triunfal renacimiento,  
de retorno glorioso a lo viviente  
preside su inmortal acabamiento.*

Queden así, pues, emocionadamente enumerados, estos nombres y sitios de la Italia siempre viva en el recuerdo de quienes un día tuvieron, como yo, el privilegio de alentar, en tránsito eficaz y memorable, entre su limpio y propicio cielo y su preclara y generosa tierra.